



LAS PRIMERAS POBLACIONES

● Anibal Barrios Pintos: **HISTORIA DE LOS PUEBLOS ORIENTALES.** Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 1972, 528 pp.

UNA característica reconfortante de la tradición historiográfica uruguayo, ha sido y sigue siendo la buena suerte de que haya aparecido siempre el hombre para el puesto, según la ocasión lo reclamara. No siempre a tiempo —en este caso debe lamentarse algún retraso— pero sí cumpliendo con eficiencia y sobre todo con ejemplar dedicación la faena para la que estaba destinado. Si algo nos ha fallado, es algún *Tombé* operando desde omniscientes espectaculares. Pero habla cuenta de lo expuestas que están tales eminencias a corrientes de aire no siempre repetitivas, esa ausencia es tal vez otra demostración de nuestra buena suerte.

Ya resultaba sorprendente la rai-nuciosa amplitud con que Anibal Barrios Pintos, desde hace más de treinta años, proseguía su inagotable serie de publicaciones dedicadas a ciudades uruguayas. Nebosan, esas monografías, un "carño" y "emoción" por las tradiciones locales que el autor declara ahora sin ambages en la "Advertencia" preliminar, emoción que lo conduce a disponer, en consecuencia, según él mismo confiesa, una atención irreprimible a los "buzildos héroes ignorados" que colaboraron de algún modo en el surgimiento de nuestros pueblos, así como a "los grandes capitanes", y a sus "secciones trascendentes". Pero no vaya a creerse que la obra se reduce por ello a un anecdótico diversorista. Corresponde, al contrario, precisar su alcance y su mérito propio.

El libro se abre con una "Noticia" en donde se adelanta una caracterización sumaria de las poblaciones cuyo proceso fundacional, hasta 1815, se describe posteriormente. Dedicó después dos extensos capítulos a los abo-

rigenos o indígenas de nuestro territorio, para continuar con el descubrimiento, conquista y poblamiento, sin olvidar las correrías de corsarios y piratas, así como las constructivas incursiones de Hernandarias. Desde Soriano y las tentativas precursoras, siguiendo por Sacramento y Montevideo, se dedican sendos capítulos a Paysandú, Salto, Maldonado. Las Vitorias, San Carlos y el fuerte de Santa Tecla. La profusión de datos, extractados de un abundante, casi exhaustivo acervo bibliográfico, así como de repositorios que parecen ir acrecentándose a un eventual agotamiento, aparecen utilizados poco más o menos como milleros de la madre. Bastante trabajo se tomó el autor para ordenar esos materiales, limpiándolos de malezas y acendrando verosimilitudes, como para que le quedaran todavía ganas de arriesgar acordes preten-

sos, o de someter el total a sistemas impresionantes de conceptos rectores. Prefiere acercarse, en cambio, luego de adoptar las líneas de hechos más atendibles, a la circunstancia local y a su color particular, sin perder por eso de vista los aspectos que puedan resultar en cada caso significativos. Transcribe, en tal sentido, muchas páginas adecuadamente elegidas, no siempre divulgadas como se merecen. La lectura se vuelve así en cierto grado discontinua, aunque el lector hallará motivos de interés, cualquiera que sea el plano en que él se sitúe. Es claro que un trabajo de esta clase puede siempre mejorarse. Pero de todos modos satisface esta obra una exigencia básica: la seriedad de la información y el cuidado con que se suministra, en una puesta al día que a nadie puede hacer mal, aunque alguien pueda pensar que no le procura todo el provecho que hubiera deseado. Capítulos como los que dedica a los indígenas, ofrecen a este respecto una de las ordenaciones más plausibles de las que conocemos. Falta aquí, como en los demás temas, la consideración de aliento, pero sobran elementos como para que pueda arriesgarla quien así lo quiera. Si nos atrevemos en particular al tema que más conocemos, el de Santo Domingo de Soriano, creemos incluso que el autor extrae algunas conclusiones por lo menos discutibles sobre el origen del nombre y su ubicación original, así como sobre el proceso de su evolución. No intenta —aunque abundan las alusiones utilizables— una caracterización socio-política de aquellas poblaciones iniciales. Se limita a ir estableciendo los momentos decisivos, y a matizarlos con descripciones ilustrativas de testigos presenciales. La realidad histórica aparece

así inevitablemente en forma fragmentada y, en ciertos aspectos, no justificada; pero —repelidos— no era esa la tarea que se propuso el autor. Es difícil asegurar que este género de tratamiento no llegue a obstruir a veces los caminos hacia una comprensión coherente de los procesos implicados. Puede pensarse que induce al lector pasivo a detenerse en complacencias menores de erudición y pintoresquismo, en una mancha que no llega a ser combinación. Adoptar como jalones las fundaciones de poblados impone ya cierto desequilibrio y distorsión en el proceso general. Hubiéramos deseado en tal sentido que se ofrecieran con más precisión las justificaciones que explicarían mejor el por qué y el para qué de cada poblamiento, así como su relación con el juego de fuerzas entonces imperante, a fin de poder apreciar de ese modo con más nitidez la proporción de cada empresa, su valor de incidencia como cantidad y como calidad dentro de la región y en función de las realidades exteriores. El autor no deja de esbozar, sin embargo, en cada caso, algunos de esos condicionamientos generales, así como las razones socio-políticas y económicas que eslabonan y singularizan cada situación. Y si bien no se puede dejar de echar de menos una visión que abarque el total con más continuidad y coherencia, lo sensato es remitir esa exigencia a otra tentativa, es decir a otro libro. Lo que estaba haciendo falta era escribir una "summa" como ésta, y la escribió alguien que, por fortuna, estaba en excelentes condiciones para hacerlo. El resultado está casi exactamente a la altura de lo que se necesitaba.

WASHINGTON LOCKHART

Por la libertad de Musto y Núñez

Presidente Juan María Bordaberry. De nuestra más alta consideración:

En nombre de la Sociedad de Escritores de Chile me permito solicitar a Su Excelencia que interceda en favor de la libertad de los escritores Jorge Musto y Carlos Núñez que se encuentran arrestados en Montevideo.

Recurrimos a Su Excelencia invocando la noble tradición uruguayo que señala el respeto por la libertad, la ley y los derechos humanos y estamos en lo cierto al manifestarle que, desde su alta investidura de gobernante de un país que siempre nos ha distinguido con su sincera amistad, interpretará nuestro sentir que muy lejos de imbuírse en problemas de otro país sólo pide a Su Excelencia reconsiderar las medi-

das que afectan a los dos escritores que han caído bajo sanciones y cuyo destino preocupa vivamente a los intelectuales de América Latina.

Estamos en lo cierto al manifestarle, Excelentísimo Señor Presidente, que su espíritu justo y generoso entregará tranquilidad a los hombres de letras de nuestro continente, dando una adecuada respuesta que será motivo de honda satisfacción para todos nosotros.

Reciba usted, Señor Presidente, nuestros sinceros deseos de ventura personal haciendo a la vez votos para que el gran pueblo uruguayo logre un próspero destino.

EDMUNDO HERRERA
PRESIDENTE

Caracas, 4 de diciembre de 1972
Juan María Bordaberry.
Casa Gobierno.
Montevideo, Uruguay.

En nombre principios justicia y libertad intelectual, los escritores y artistas venezolano e hispanoamericanos que suscriben solicitan: dispensa liberación novelista Jorge Musto, periodista Carlos Núñez, legítimos representantes alta cultura continente.

Miguel Otero Silva, Angel Rama, Adriano González León, Oswald Trejo, María Traba, Ugo Olive, Alfredo Chacón, Juan Nuño, Orlando Araúzo, Jacobo Borges, Juan Sánchez Peñáz, Hernández de Jesús, Regule Pérez, Tecla Tofano, Mario Handler, Armando Córdova, Francisco Mieres, Manuel Caballero, Eugenio Montejo, Ludovico Silva.